

## Base Tierra

«A Matthew Brooks Dodson», decía el papel que tenía en la mano, «Felicidades, tras haber completado satisfactoriamente las pruebas de eliminación de candidatos para ocupar el puesto de cadete en la Patrulla Interplanetaria, se le autoriza a presentarse ante el comandante en Base Terra, campo de Santa Bárbara, Colorado, Unión Norteamericana, Terra, el 1 de julio de 2075, o antes, para someterse a más exámenes. Se le advierte que debe recordar que la mayoría de los aspirantes que realizan estas pruebas finales suelen suspender y que usted debería facilitar...»

Matt dobló el papel y volvió a meterlo en la talega que llevaba enganchada al cinturón. No se molestó en pensar en la posibilidad de fracasar. El pasajero que tenía enfrente, un chico que tendría su misma edad, lo miró.

—Ese papel me resulta familiar, ¿tú también eres un candidato?

—Así es.

—¡Bueno, pues choca esos cinco! Me llamo Jarman, soy de Texas.

—Me alegro de conocerte, Tex. Yo soy Matt Dodson, de Des Moines.

—¿Cómo va eso, Matt? Ya deberíamos estar a punto de llegar... —El vehículo ronroneó suavemente y aminoró la marcha; sus asientos se balancearon para acompasarse a la rápida ralentización. Cuando se detuvo, sus asientos se sacudieron hacia atrás para volver a su posición normal—. Ya hemos llegado... —terminó Jarman.

En la pantalla situada al otro extremo del vehículo, que hasta hacía un momento había estado ocupada por una belleza rubia que anunciaba el jabón superestelar de Sorkin, ahora se podía leer: «Estación base Terra». Los dos chicos agarraron sus petates y salieron corriendo. Un momento después, estaban en la escalera mecánica subiendo hacia la superficie.

Frente a la estación, a unos ochocientos metros de distancia y bajo el frío aire, se encontraba Hayworth Hall, el cuartel general de la fabulosa Patrulla en la Tierra. Matt se quedó mirándolo, apenas podía creer que por fin estuviera viéndolo.

Jarman le dio un codazo.

—Vamos.

—¿Eh? Ah..., claro. —Un par de aceras mecánicas se extendían desde la estación hasta el cuartel y se situaron sobre la que conducía directamente hasta el edificio. La acera estaba abarrotada y más chicos salían de la estación en tropel detrás de ellos. Matt se fijó en dos jóvenes morenos y delgados que llevaban unos altos y ceñidos turbantes, aunque por lo demás vestían prácticamente igual que él. Un poco más adelante vio a un joven alto y apuesto cuyo impávido rostro era de un brillante color negro.

El chico de Texas enganchó los pulgares en su cinturón y miró a su alrededor.

—¡Abuelita, mata otro pollo! —dijo—. Tenemos compañía para cenar. Por cierto —siguió diciendo—, espero que el almuerzo no sea muy tarde. Estoy hambriento.

Matt sacó una barrita de caramelo de la talega, la partió en dos y le dio la mitad a Jarman, que la aceptó agradecido.

—¡Esto es un amigo, Matt! He estado alimentándome de mi propia grasa desde el desayuno y eso es peligroso. Oye, está sonando tu teléfono.

—¡Ah! —Matt rebuscó en su talega y sacó su teléfono—. ¿Diga?

—¿Eres tú, hijo? —dijo la voz de su padre.

—Sí, papá.

—¿Has llegado bien?

—Claro, estoy a punto de dar parte de mi llegada.

—¿Qué tal tu pierna?

—Mi pierna está bien, papá. —Su respuesta no fue sincera; la pierna derecha, recién sometida a una cirugía correctiva por un tendón de Aquiles corto, le dolía mientras hablaba.

—Me alegro. Ahora escucha, Matt: si resulta que no eres seleccionado, no dejes que eso te hunda. Llámame enseguida y...

—Que sí, que sí, papá —se apresuró a decir Matt—. Voy a tener que colgar, estoy en mitad de una multitud. Adiós. Gracias por llamar.

—Adiós, hijo. Buena suerte.

Tex Jarman le dedicó una mirada de comprensión.

—Los viejos siempre están preocupándose, ¿verdad? Yo he engañado a los míos, he guardado el teléfono en mi petate. —La acera mecánica dibujó una amplia curva antes de volver atrás; ellos se bajaron con la multitud delante de Hayworth Hall. Tex se detuvo para leer la inscripción situada sobre la gran puerta.

—*Quis custodi...* ¿Qué dice, Matt?

—*Quis custodiet ipsos custodes?* Es latín y significa: «¿Quién custodiará a los guardianes?».

—¿Sabes leer latín, Matt?

—No, solo recuerdo eso de un libro sobre la Patrulla.

El pabellón circular de Hayworth Hall era enorme y parecía incluso más grande ya que, a pesar de la brillante iluminación que había sobre el suelo, el techo abovedado no proyectaba ningún reflejo; era de un tono negro profundo y estaba tachonado de estrellas. Estrellas conocidas: la resplandeciente Orión frente a la cabeza inclinada de Tauro; la modesta forma del Carro se balanceaba sobre su estropeada viga en el horizonte nornoreste; justo al sur, por encima, brillaban las Siete Hermanas.

La ilusión de estar de noche al aire libre era de lo más convincente. Las paredes y el suelo iluminados por donde la gente caminaba, charlaba y corría, no parecían más que una pequeña banda de luz, un círculo de calidez y bienestar, contra la terrible profundidad del espacio; como carromatos arrastrados para pasar la noche bajo un penetrante cielo del desierto.

Los chicos contuvieron el aliento, tal y como hacía todo el mundo que lo veía por primera vez. Sin embargo, no pudieron parar a deleitarse con ello ya que otra cosa reclamó su atención. El suelo del pabellón estaba hundido varios metros por debajo del nivel por el que accedieron; se encontraban en un balcón que se extendía alrededor de la gran sala rodeando un enorme y poco profundo foso circular en el que una nave destrozada yacía inclinada sobre un lecho de roca y arena como si hubiera hecho un aterrizaje de emergencia desde el simulado cielo de la bóveda.

—Es la Kilroy... —dijo Tex, casi como si lo dudara.

—Debe de serlo —asintió Matt con un susurro.

Se acercaron hasta la barandilla del balcón y leyeron una placa clavada allí:

La nave cohete de la Fundación Espacial  
de los Estados Unidos, La Kilroy Estuvo Aquí,  
Primera nave interplanetaria.

Desde Terra hasta Marte y de vuelta: el teniente coronel Robert deFries Sims al mando; el capitán Saul S. Abrams; el sargento primero Malcolm MacGregor. Ninguno sobrevivió al aterrizaje de regreso. Descansen en paz.

Formaron un grupo con otros dos chicos y miraron la Kilroy. Tex le dio un codazo a Matt.

—¿Ves el profundo corte en la tierra, donde derrapó? Oye, ¿crees que aterrizó aquí y construyeron el edificio a su alrededor?

Uno de los otros dos chicos, el de pelo moreno y anchos huesos y más de metro ochenta, respondió:

—No, la Kilroy aterrizó en el norte de África.

—Entonces deben de haberlo preparado todo para que se parezca al lugar donde se estrelló. ¿Tú también eres candidato?

—Así es.

—Yo soy Bill Jarman, de Texas. Y este es Matt Dodson.

—Soy Oscar Jensen y este es Pierre Armand.

—¿Cómo va eso, Oscar? Me alegro de conocerte, Pierre.

—Llámame Pete —dijo Armand. Matt se fijó en que hablaba un inglés básico, con un acento marcado que no podía identificar. La forma de hablar de Oscar también era extraña, como con un ligero ceceo. Se giró de nuevo hacia la nave.

—¿Os imagináis tener narices de lanzarse al espacio en una caja de galletas como esta? —dijo—. Me asusta pensar en ello.

—A mí también —admitió Oscar Jensen.

—¡Qué pena! —dijo Pierre en voz baja.

—¿Qué es una pena, Pete? —preguntó Jarman.

—Que no tuvieran suerte. Se puede ver que fue un aterrizaje casi perfecto, no se estrellaron, porque entonces no habría quedado nada más que un agujero en el suelo.

—Sí, supongo que tienes razón. Mira, hay una escalera de bajada allí al fondo, ¿la ves, Matt? ¿Crees que podríamos asomarnos a mirar por ahí?

—Puede —le respondió Matt—, pero creo que será mejor que lo dejemos para otro momento. Tenemos que ir a dar parte de nuestra llegada, ya lo sabes.

—Será mejor que nos registremos todos —advirtió Jensen—. ¿Vienes, Pete?

Armand cogió su petate. Oscar Jensen lo apartó de un empujón y recogió el suyo.

—¡Eso no era necesario! —protestó Armand, pero Oscar lo ignoró.

Jarman miró a Pierre.

—¿Estás enfermo, Pete? Me he fijado en que estás algo paliducho. ¿Qué pasa?

—Si lo estás —apuntó Matt—, pide un aplazamiento.

Armand parecía avergonzado.

—No está enfermo y pasará los exámenes —dijo Jensen con firmeza—. Olvidadlo.

—Eso, eso —añadió Tex.

Siguieron a la multitud y encontraron un anuncio que les decía a los candidatos que se presentaran en la sala 3108, en el tercer pasillo. Localizaron el pasillo, se subieron a la cinta transportadora y soltaron su equipaje.

—Oye, Matt —dijo Tex—, dime, ¿quién era Kilroy?

—A ver... —respondió Matt—. Fue alguien de la segunda guerra global, un almirante, creo. Sí, el almirante *Toro* Kilroy, creo.

—Es curioso que le pusieran el nombre de un almirante.

—Era almirante de vuelo.

—Eres un tipo muy espabilado —dijo Tex con admiración—. Creo que me quedaré pegado a ti durante los exámenes.

Matt le quitó importancia.

—No es más que un dato que se me ha quedado grabado.

En la sala 3108 una joven que parecía de adorno ignoró sus credenciales y les tomó las huellas dactilares de sus pulgares. Las introdujo en una máquina que tenía junto al codo. Al momento, la máquina escupió hojas de instrucción con el nombre, número de serie, huellas del pulgar y fotografía de cada candidato, junto con las asignaciones temporales de comida y alojamiento.

A continuación, les entregó las hojas, les dijo que esperaran en la sala de al lado y, sin más, se dio la vuelta.

—Ojalá no hubiera sido tan rápida —se quejó Tex mientras salían—. Quería pedirle su teléfono. ¡Ey! —siguió diciendo mientras leía su hoja—, no dejan tiempo para echarse una siesta.

—¿No te lo esperabas? —le preguntó Matt.

—Sí, pero uno puede hacerse ilusiones, ¿no?

La sala contigua estaba llena de bancos, pero todos estaban ocupados por jóvenes. Jarman se detuvo junto a uno que estaba invadido por tres grandes maletas, una nevera portátil decorada y la funda de un banyo. Un joven con la cara rosada estaba sentado junto a todo eso.

—¿Son tus cosas? —le preguntó Tex.

El joven lo admitió de mala gana.

—No te importa que lo movamos y nos sentemos, ¿verdad? —siguió Tex, que comenzó a poner las cosas en el suelo. El propietario parecía malhumorado, pero no dijo nada.

Había espacio para tres. Tex insistió en que se sentaran los demás, después se sentó sobre su maleta y se apoyó contra las rodillas de Matt con las piernas estiradas, lo que permitió que se viera bien su calzado, unas botas vaqueras de tacón alto y algo estrambóticas.

Un candidato que había enfrente de ellos miró las botas y después se dirigió al chico que tenía al lado.

—¡Mira al vaquero!

Tex gruñó y comenzó a levantarse. Matt le puso una mano en el hombro y lo echó hacia atrás.

—No merece la pena, Tex. Tenemos un día muy ajetreado por delante.

Oscar asintió.

—Tranquilo, amigo.

Tex cedió.

—Vale, de acuerdo. Aunque —añadió— mi tío Bodie le metería a un hombre su propio pie en la boca por menos que esto. —Miró al chico que tenía enfrente.

Pierre Armand se inclinó hacia delante y habló a Tex.

—Perdona, pero ¿esas son botas de verdad para montar a caballo?

—¿Eh? ¿Qué crees que son? ¿Esquíes?

—¡Oh, lo siento! Pero es que nunca he visto un caballo.

—¿Qué?

—Bueno, sí los he visto —dijo Oscar—, pero en el zoo.

—¿En un zoo? —repitió Tex.

—En el zoo de New Auckland.

—Oh... —dijo Tex—. Ya entiendo. Eres habitante de Venus. —En ese momento Matt recordó dónde había oído el ligero ceceo de Oscar, en el discurso de un conferenciante. Se giró hacia Pierre—: Pete, ¿tú también eres de Venus?

—No, yo soy... —La voz de Pete quedó ahogada.

—¡Atención, por favor! ¡Silencio! —El locutor estaba vestido con el extremadamente sencillo uniforme color blanco ostra de un cadete del espacio—. Todos —siguió diciendo al amplificador de mano— los que tienen un número de serie impar, vengan conmigo. Traigan su equipaje. Los pares, esperen donde están.

—¿Impares? —dijo Tex—. ¡Ese soy yo! —Se levantó de un salto.

Matt miró sus instrucciones.

—¡Yo también!

El cadete se acercó por el pasillo que tenían enfrente y Matt y Tex esperaron a que pasara delante de ellos. No caminaba derecho; iba ligeramente encorvado, con las rodillas relajadas y un paso saltarín. Tenía las manos entrecerradas y deslizaba suavemente los pies sobre el suelo. El efecto era felino, elegante; Matt pensó que si de pronto la habitación se volcaba y quedaba bocabajo, el cadete aterrizaría de pie sobre el techo. Seguro que sí.

Quería parecerse a él.

Cuando el cadete pasó por delante de ellos, el chico del abundante equipaje le tiró de la manga.

—¡Eh, señor!

El cadete se giró de pronto.

—¿Sí?

—Tengo un número impar, pero no puedo cargar con todo esto. ¿A quién puedo pedirle que me ayude?

—No puede. —El cadete empujó la pila de objetos con el pie—. ¿Todo esto es suyo?

—Sí. ¿Qué hago? No puedo dejarlo aquí. Alguien lo robaría.

—No sé por qué iba a robarlo alguien. —El cadete miró el equipaje con desagrado—. Llévelo de vuelta a la estación y envíelo a casa. O tírelo.

El novato parecía agobiado.

—Tendrá que hacerlo tarde o temprano —siguió diciendo el cadete—. Cuando suba a la nave-escuela, se le permitirá un máximo de nueve kilos.

—Pero... Bueno, de acuerdo, suponga que lo hago, ¿quién va a ayudarme a llevarlo a la estación?

—Ese es problema suyo. Si quiere estar en la Patrulla, tendrá que aprender a resolver problemas.

—Pero...

—Cierre la boca. —El cadete se dio la vuelta y Matt y Tex lo siguieron.

Cinco minutos después, Matt, como su madre lo trajo al mundo, estaba metiendo su petate y su ropa en un saco marcado con su número de serie. Según lo ordenado, cruzó una puerta agarrando con fuerza su hoja de órdenes y lo poco que le quedaba de dignidad. De pronto se vio en una sala de aseo que lo enjabonó, lo aclaró, y lo secó, como en una cadena de montaje. Su hoja de instrucciones era resistente al agua; sacudió de ella unas cuantas gotas que le quedaron encima.

Durante dos horas, lo acribillaron a pinchazos, lo golpearon, lo fotografiaron, lo pesaron, le hicieron radiografías, le pusieron inyecciones, le tomaron muestras y lo examinaron hasta dejarlo apabullado. Vio a Tex en una ocasión, en otra fila. Tex lo saludó, se dio una palmadita en sus desnudas costillas y tembló. Matt iba a decir algo cuando su fila comenzó a avanzar.

Los médicos examinaron su pierna operada, le hicieron moverla y le preguntaron la fecha de la cirugía y si le dolía. Tuvo que admitir que así era. Le hicieron más fotografías y más pruebas y, al cabo de un rato, le dijeron:

—Es todo. Vuelva a la fila.

—¿Todo bien, señor? —preguntó Matt.

—Probablemente. Le propondrán algunos ejercicios. Márchese.

Después de un largo rato entró en una habitación en la que estaban vistiéndose varios chicos. Su camino lo llevó hasta una plataforma de pesado donde unos rayos de células fotoeléctricas recorrieron su cuerpo. Cerrados los relés, se produjo una secuencia automática basada en su peso, estatura y dimensiones corporales. Al cabo de un momento un paquete se deslizó por un conducto y cayó delante de él.

Contenía ropa interior, un mono azul y un par de botas de suela blanda, todo de su talla.

El uniforme azul lo veía como algo provisional, ya que estaba ansioso por cambiarlo por el igualmente sencillo, aunque de

color blanco ostra, uniforme de cadete. Las botas le encantaron. Se subió la cremallera y se deleitó con su suavidad y con lo bien que le quedaban, como si fueran un guante. Era como si pudiera sostenerse con ellas sobre una moneda y lanzarla a cara o cruz. Pies de gato. ¡Sus primeras botas espaciales! Dio unos cuantos pasos intentando caminar como el cadete que había visto antes.

—¡Dodson!

—Ya voy. —Salió corriendo y al instante lo metieron en una habitación con un hombre mayor ataviado con ropa de civil.

—Siéntese. Soy Joseph Kelly. —Agarró la hoja de instrucción de Matt—. Matthew Dodson... Encantado de conocerlo, Matt.

—¿Cómo está usted, señor Kelly?

—No demasiado mal. ¿Por qué quiere unirse a la Patrulla, Matt?

—Bueno, eh, porque... —Matt vaciló—. Bueno, a decir verdad, señor, ¡estoy tan confundido ahora mismo que ni lo sé!

Kelly se rió.

—Es la mejor respuesta que he oído hoy. ¿Tiene hermanos, Matt? —La charla se desarrolló con Kelly animando a Matt a hablar. Las preguntas fueron bastante personales, aunque Matt era lo suficientemente listo como para darse cuenta de que el «señor Kelly» era probablemente psiquiatra; tartamudeó una o dos veces, pero intentó responder sinceramente—. ¿Ahora puede decirme por qué quiere formar parte de la Patrulla?

Matt pensó en ello.

—He querido adentrarme en el espacio desde que tengo memoria.

—Viajar, ver planetas extraños y gente extraña... Eso es comprensible, Matt. Pero ¿por qué no el servicio mercante? La academia resulta pesada, una paliza, y hay una probabilidad de tres de que no la termine, ni siquiera aunque tome juramento como cadete, y no más de un cuarto de los candidatos pasarán

la prueba. Pero podría entrar en la escuela mercante, podría trasladarle hoy mismo, y con sus calificaciones le sería pan comido obtener su pase de piloto antes de llegar a los veinte. ¿Qué me dice a esto?

Matt parecía obstinado.

—¿Por qué no, Matt? ¿Por qué insistir en intentar ser oficial de la Patrulla? Le destrozarán por dentro, le romperán el corazón y nadie le dará las gracias por sus enormes esfuerzos. Lo convertirán en un hombre que ni su propia madre reconocería y no se sentirá más feliz por ello. Créame, amigo, lo sé.

Matt no dijo nada.

—¿Aún quiere probar, incluso sabiendo que no tiene posibilidades?

—Sí, sí. Creo que sí.

—¿Por qué, Matt?

Matt seguía vacilando. Al fin respondió en voz baja:

—Bueno, la gente aspira a ser oficial en la Patrulla.

El señor Kelly lo miró.

—Es razón suficiente por ahora, Matt. Encontrará otras... o abandonará.

De pronto, un reloj que había colgado en la pared gritó:

—¡La una en punto! ¡La una en punto! —Y después añadió con gesto pensativo—: Estoy hambriento.

—¡Madre mía! —dijo Kelly—. Yo también. Vayamos a almorzar, Matt.

## Proceso de eliminación

Las instrucciones le ordenaban a Matt comer en la mesa 147 del refectorio este. Un mapa en la parte trasera de la hoja le mostraba dónde estaba el refectorio este, pero por desgracia ni siquiera sabía dónde se encontraba él mismo; había acabado mareado después del ir y venir de todo el día. En un principio no se topó con nadie más que con augustos personajes vestidos con el negro de los oficiales de la Patrulla y no tuvo el valor de parar a ninguno.

Pasado un rato se orientó volviendo al pabellón circular y comenzando de nuevo, pero eso lo hizo retrasarse como unos diez minutos. Recorrió una infinita línea de mesas buscando la número 147 y sintiendo que estaba llamando mucho la atención. Cuando la localizó, estaba de lo más sonrojado.

Había un cadete en la cabecera de la mesa; los otros iban ataviados con los monos de los candidatos. El cadete alzó la mirada y dijo:

—Siéntese, señor, allí, a la derecha. ¿Por qué llega tarde?

Matt tragó saliva con dificultad.

—Me he perdido, señor.

Alguien se rió disimuladamente y el cadete le lanzó una fría mirada.

—Usted, el de la estúpida risa de caballo, ¿cómo se llama?

—Eh, Schultz, señor.

—Señor Schultz, no hay nada gracioso en una respuesta sincera. ¿Alguna vez se ha perdido usted?

—Pues... eh... bueno, una o dos veces tal vez.

—Hm... Me gustará ver su trabajo en astrogación, si es que llega tan lejos. —El cadete se giró de nuevo hacia Matt—. ¿No tiene hambre? ¿Cómo se llama?

—Sí, señor. Matthew Dodson, señor. —Matt miró rápidamente los mandos que tenía delante, decidió pasar de la sopa y pulsó los botones de «plato principal», «postre» y «leche». El cadete seguía observándolo mientras la mesa le servía.

—Soy el cadete Sabbatello. ¿Es que no le gusta la sopa, señor Dodson?

—Sí, señor, pero tengo prisa.

—No hay ninguna prisa. La sopa le sentará bien. —El cadete Sabbatello alargó un brazo y pulsó el botón de Matt de «sopa»—. Además, así le da al cocinero la oportunidad de limpiar la cocina. —El cadete se dio la vuelta para alivio de Matt, que comió con ganas. La sopa era excelente, pero el resto de la comida resultaba sosa comparada con lo que estaba acostumbrado a comer en casa.

Mantuvo los oídos bien abiertos y un comentario del cadete se quedó clavado en su memoria.

—Señor van Zook, en la Patrulla jamás le preguntamos a un hombre de dónde es. Es correcto que el señor Romolus diga de manera voluntaria que es de Manila; es incorrecto que usted se lo pregunte.

La tarde estuvo atestada de exámenes: inteligencia, control muscular, reflejos, tiempo de reacción, respuesta sensorial. En otros se le requería que hiciera dos o más cosas a la vez y algunos parecían bastante tontos. Matt lo hizo lo mejor que pudo.

Se vio entrando en una habitación que no contenía más que una gran silla fijada al suelo. Un altavoz se dirigió a él:

—Átese a la silla. Las empuñaduras en los brazos de la silla controlan un punto de luz en la pared. Cuando las luces se apaguen, verá un círculo iluminado. Centre su punto en el círculo y manténgalo centrado.

Matt se abrochó y un punto brillante apareció en la pared delante de él. Encontró que el mando de su mano derecha movía el punto de arriba abajo, mientras que el de la mano izquierda lo movía de lado a lado.

—¡Qué fácil! —se dijo Matt—. Estoy deseando que empiece.

Las luces de la sala se apagaron y el círculo iluminado se movió lentamente hacia arriba y hacia abajo. No le resultó demasiado difícil llevar su punto de luz hasta dentro del círculo e igualar el movimiento.

Después, su sillón se puso bocabajo.

Cuando se recuperó de la sorpresa de encontrarse colgando bocabajo en la oscuridad, vio que el punto de luz se había alejado del círculo. Desesperadamente los unió, se pasó y tuvo que corregir el movimiento.

El sillón se giró hacia un lado, el círculo hacia el otro, y una fuerte explosión tuvo lugar en su oído izquierdo. El sillón dio bandazos y se tambaleó; una sacudida eléctrica hizo que tuviera convulsiones en las manos y perdió el círculo por completo.

Matt comenzó a sentir dolor. Obligó a su punto a volver al círculo y lo encajó.

—¡Te tengo!

Por toda la sala había un humo que lo hizo toser, le llenó los ojos de lágrimas y veló el objetivo. Miró con los ojos entrecerrados y se mantuvo firme intentando centrarse en ese condenado círculo de luz y resistiendo ante más explosiones, gritos de dolor, luces destellantes, viento en los ojos y unos interminables y locos movimientos del sillón.

De pronto se encendieron las luces de la sala y la voz mecánica dijo:

—Prueba completada. Lleve a cabo su siguiente tarea.

Una vez le habían entregado un puñado de judías y una botella pequeña, le dijeron que se sentara, que colocara la botella en una marca sobre el suelo y ubicara en su mente la posición exacta de la botella. Después, tenía que cerrar los ojos y tirar las judías una a una dentro de la botella... si era posible.

A juzgar por el ruido que hacían ya se imaginaba que no estaba acertando muchas, pero le dio muchísima vergüenza encontrar, cuando abrió los ojos, que solo había colado una en la botella.

Cerró el puño alrededor del culo de la botella e hizo cola en la mesa del examinador. Varios de los que estaban guardando fila tenían un buen número de judías dentro de las botellas, aunque vio a dos que no tenían ninguna. Al cabo de un momento, entregó su botella al examinador.

—Dodson, Matthew, señor. Una judía.

El examinador lo anotó sin hacer ningún comentario. Matt espetó:

—Disculpe, señor, pero ¿hay algo que evite que una persona haga trampas mirando a hurtadillas?

El examinador sonrió.

—Nada en absoluto. Pase a su siguiente prueba.

Matt se marchó refunfuñando; no se le ocurrió que tal vez desconocía qué estaban poniendo a prueba exactamente.

Más tarde aquel día lo metieron en un cuchitril que contenía un sillón, un aparato montado sobre una mesa, lápiz y papel y unas instrucciones enmarcadas. Matt leyó:

—Si la puntuación de alguna prueba previa aparece en la ventana marcada como «Puntuación», vuelvan al nivel inicial, a la posición marcada como «Neutral», para dejar el marcador en blanco para su prueba.

Matt localizó la pantalla marcada como «Puntuación»; tenía una puntuación de treinta y siete. Bueno, pensó, eso me da una marca que superar. Decidió no borrarla hasta no haber leído las instrucciones.

—Una vez que comience la prueba —continuó leyendo—, aparecerá una puntuación de uno cada vez que presione el botón izquierdo excepto cuando se especifique lo contrario aquí abajo. Pulse el botón izquierdo cuando la luz roja aparezca siempre que la luz verde no esté iluminada también con la excepción de que no debería pulsarse ningún botón cuando la puerta derecha esté abierta a menos que todas las luces estén apagadas. Si la puerta derecha está abierta y la puerta izquierda está cerrada, no se obtendrá ningún punto por marcar cualquier botón, pero aun así, el botón izquierdo debe pulsarse bajo estas circunstancias si las demás condiciones permiten que se pulse un botón antes de que se marque alguna puntuación en las subsiguientes fases de la prueba. Para apagar la luz verde, pulse el botón de la derecha. Si la puerta de la izquierda no está cerrada, no se pulsará ningún botón. Si la puerta izquierda está cerrada mientras la luz roja está encendida, no pulse el botón izquierdo si la luz verde está apagada a menos que la puerta derecha esté abierta. Para dar comienzo a la prueba, mueva la palanca de inicio desde su posición neutral hasta la derecha. La prueba dura dos minutos desde el momento en que usted mueva la palanca de inicio a la derecha. Estudie estas instrucciones y decida usted mismo cuándo desea dar comienzo a la prueba. No se le permite hacer preguntas al examinador, así que asegúrese de que comprende las instrucciones. Marque el mayor número de puntos posible.

—¡Uf! —exclamó Matt.

Aun así, la prueba parecía sencilla: una palanca, dos pulsadores, dos luces de color, dos pequeñas puertas. Una vez hubiera comprendido las instrucciones, sería tan fácil como hacer volar

una cometa, ¡y mucho más fácil que pilotar un helicóptero! Matt tenía licencia de piloto desde que tenía doce años. Se puso manos a la obra.

Primero se dijo que parecía haber dos formas de marcar puntos, una con la luz roja encendida y una con ambas luces apagadas y una puerta abierta.

Ahora las otras instrucciones... A ver... si la puerta izquierda no está cerrada... no, si la puerta izquierda está cerrada... se detuvo y volvió a leerlas.

Unos minutos después, tenía dieciséis posibles posiciones de puertas y estados de luz anotadas. Las comprobó comparándolo con las instrucciones y buscando combinaciones para marcar puntos. Cuando terminó, miró el resultado y volvió a revisarlo todo.

Tras comprobarlo una vez más, miró el papel, silbó discordantemente, y se rascó la cabeza. Después agarró el papel, salió del cubículo y se acercó al examinador.

El oficial alzó la mirada.

—Nada de preguntas, por favor.

—No tengo ninguna pregunta —dijo Matt—. Quiero informar de algo. Hay algo mal en esta prueba. Tal vez se haya puesto aquí una página con instrucciones equivocadas. En cualquier caso, no hay un modo posible de puntuar siguiendo estas instrucciones.

—¡Oh, venga ya! —respondió el examinador—. ¿Está seguro de eso?

Matt vaciló y después respondió firmemente.

—Estoy seguro. ¿Quiere que se lo demuestre?

—No. ¿Se llama usted Dodson? —El examinador miró un temporizador y anotó algo en una tabla—. Es todo.

—Pero... ¿No tengo oportunidad de marcar un punto?

—¡Nada de preguntas, por favor! He anotado su marcación. Márchese. Es hora de cenar.

En la cena había un gran número de sitios vacíos. El cadete Sabbatello miró de arriba abajo la larga mesa.

—Veo que ha habido algunas bajas—comentó—. Felicidades, caballeros, por haber sobrevivido hasta ahora.

—Señor, ¿significa eso que hemos pasado todas las pruebas que hemos hecho hoy? —preguntó uno de los candidatos.

—O que, por lo menos, podrán examinarse de nuevo. No han suspendido.

Matt suspiró aliviado.

—Pero no tengan demasiadas esperanzas. Mañana serán menos que ahora todavía.

—¿Es que la cosa se pone más difícil? —siguió preguntando el candidato.

Sabbatello esbozó una taimada mueca.

—Mucho más. Les aconsejo a todos que coman poco en el desayuno. No obstante —siguió diciendo—, también tengo buenas noticias. Se rumorea que el comandante va a bajar a Terra para honrarles con su presencia cuando tomen juramento... si es que lo hacen.

La mayoría de los presentes se quedaron impactados. El cadete miró a su alrededor.

—¡Vamos, vamos, caballeros! —dijo con aspereza—. Seguro que no todos ustedes son tan ignorantes. ¡Usted! —dijo dirigiéndose a Matt—. Señor, eh..., Dodson. Usted parece tener idea de lo que estoy hablando. ¿Por qué deberían sentirse honrados ante la presencia del comandante?

Matt tragó saliva.

—¿Se refiere al comandante de la academia, señor?

—Naturalmente. ¿Qué sabe de él?

—Bueno, señor, es el comodoro Arkwright. —Matt se detuvo, como si ese nombre ya fuera una explicación suficiente.

—¿Y qué distingue al comodoro Arkwright?

—Eh... que es ciego, señor.

—¡No es ciego, señor Dodson! ¡Ciego no! Simplemente resulta que le quemaron los ojos. ¿Cómo perdió la vista? —El cadete lo detuvo—. No... no se lo diga. Dejemos que lo averigüen ellos mismos.

El cadete siguió comiendo y Matt hizo lo mismo mientras pensaba en el comedor Arkwright. Cuando aquello sucedió, él era demasiado pequeño como para prestarle atención a esa noticia, pero su padre le había leído un artículo sobre el suceso: el espectacular rescate en solitario de una nave de recreo privada en apuros dentro de la órbita de Mercurio. Había olvidado que el oficial de la Patrulla había expuesto los ojos al sol, (lo cual tuvo que ver con el traslado de la tripulación de la nave), pero era como si aún pudiera oír a su padre leyendo el final del artículo: «... Se considera que estas acciones están en consonancia con la tradición de la Patrulla».

Se preguntó si alguna acción suya recibiría esa superlativa distinción y decidió que no era muy probable. «Misión satisfactoriamente cumplida» era lo mejor que un hombre corriente podría esperar.

Matt se encontró con Tex Jarman al salir del comedor. Tex le dio una palmadita en la espalda.

—Me alegro de verte, chico. ¿Dónde estás alojado?

—Aún no he tenido tiempo de buscar mi habitación.

—Vamos a ver tu hoja. —Jarman la cogió—. Estamos en el mismo pasillo. ¡Genial! Vamos.

Encontraron la habitación y entraron. Tirado en la litera baja, leyendo y fumando un cigarrillo, había otro candidato. Alzó la vista.

—Pasad, camaradas —dijo—. No os molestéis en llamar.

—No lo hemos hecho —dijo Tex.

—Ya veo. —Se sentaron. Matt reconoció al chico que se había burlado de las botas de Tex, aunque decidió no decir

nada; tal vez no se habían reconocido. El chaval continuó—: ¿Buscáis a alguien?

—No —respondió Matt—. Esta es la habitación que me han asignado.

—Así que eres mi compañero, ¿eh? Bienvenido al palacio. No te tropieces con las bailarinas. He puesto tus cosas sobre tu cama.

El saco que contenía el petate de Matt y su ropa de civil descansaba sobre la litera de arriba. Lo bajó.

—¿Cómo que esa es su cama? —preguntó Tex—. Deberíais echar a suertes lo de la litera de abajo.

El compañero de Matt se encogió de hombros.

—El que llega primero se sirve primero.

Tex se puso furioso.

—Olvidalo, Tex —le dijo Matt—. Prefiero la de arriba. Por cierto —siguió diciendo al otro chico—, soy Matt Dodson.

—Girard Burke, a tu servicio.

La habitación era aceptable, pero austera. En casa, Matt dormía en una cama hidráulica, aunque había utilizado camas de colchón en los campamentos de verano. El cuarto de baño que tenía al lado era muy funcional, pero moderno; vio encantado que tenía instalado un robot de masajes. No había loción de afeitado, pero por el momento afeitarse no suponía demasiada tarea.

En su armario encontró un paquete marcado con su número de serie que contenía dos juegos de ropa y un segundo par de botas espaciales. Lo guardó junto a sus otras pertenencias y se giró hacia Tex.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Vamos a echar un vistazo por ahí.

—Vale. Tal vez podamos ir a ver la Kilroy.

Burke tiró la colilla a una rejilla del suelo.

—Esperad un segundo. Voy con vosotros. —Y desapareció dentro del lavabo.

Tex dijo en voz baja:

—Mándalo a paseo, Matt.

—Sería un placer, pero preferiría llevarme bien con él, Tex.

—Bueno, puede que lo expulsen mañana.

—O a mí. —Sonrió con ironía.

—O a mí. ¡Qué va, hombre, Matt! Pasaremos. ¿Has pensado en un compañero de cuarto permanente? ¿Quieres que formemos equipo?

—Trato hecho. —Se estrecharon la mano.

—Me alegra que esté todo arreglado —siguió diciendo Tex—. Mi compañero es un tipo pequeño y simpático, pero tiene un hermano de sangre o algo así con el que quiere compartir habitación. Ha venido a verme antes de cenar y han hablado en indostaní, creo. Me han puesto nervioso. Después, por educación, han hablado en básico y eso me ha puesto más nervioso todavía.

—Pues no pareces de los que se ponen nerviosos.

—Oh, todos los Jarman somos un poco histéricos. Mi tío Bodie, por ejemplo. Se emocionó tanto en la feria del condado que se subió de un salto a un carro de tiro y en dos vueltas se puso en cabeza de la carrera antes de que pudieran cogerlo y sacarlo de allí.

—¿En serio?

—Palabra de honor. Aunque no le dieron ningún premio. Lo descalificaron porque era una competición para menores de dos años.

Burke se unió a ellos y caminaron tranquilamente hasta el pabellón circular. Varios cientos de candidatos habían tenido la misma idea, pero la administración se había anticipado a la súbita avalancha. Un cadete situado en la escalera de acceso al foso estaba permitiendo la entrada a los visitantes solamente en grupos de diez, y cada grupo era supervisado por un cadete. Burke miró la fila.

—La aritmética me dice que no tiene sentido esperar.

Matt vaciló. Tex dijo:

—Vamos, Matt, alguno se cansará y se irá.

Burke se encogió de hombros y dijo:

—Hasta luego, memos. —Y se marchó.

Matt añadió dudoso:

—Creo que tiene razón, Tex.

—Claro que la tiene, pero me he librado de él, ¿no?

El pabellón circular al completo era un museo y un salón conmemorativo de la Patrulla. Los chicos encontraron objetos y más objetos colocados alrededor de las paredes: el diario de a bordo original de la primera nave que visitó Marte, una fotografía de la partida de la desastrosa primera expedición a Venus, una maqueta de las naves alemanas usadas en la segunda guerra global, un mapa trazado a mano de la cara más alejada de la Luna encontrado entre los restos de la Kilroy.

Llegaron a un nicho cuyo muro trasero estaba ocupado por una fotografía estéreo de una escena de exteriores. Entraron y se encontraron mirando una ilusión de lo más convincente; una ardiente y deslumbrante llanura lunar con un cielo negro, estrellas y con la misma madre Tierra de fondo.

En primer plano, y a tamaño real, había un joven vestido con un anticuado traje presurizado. Se le podían ver los rasgos claramente a través de su casco: tenía una boca grande, ojos alegres y un abundante pelo rubio cortado al estilo del siglo anterior.

Bajo la fotografía podía leerse: «Teniente Ezra Dahlquist. Ayudó a crear la tradición de la Patrulla, 1969-1996».

Matt susurró:

—Tendría que haber una nota en alguna parte donde se nos dijera qué hizo.

—No veo ninguna —le susurró Tex—. ¿Por qué estás susurrando?

—Yo no... Sí, supongo que estaba haciéndolo. Después de todo, no puede oírnos, ¿verdad? Ah, mira, ahí hay un audio.

—Bueno, pues dale al botón.

Matt pulsó el botón; el nicho se llenó con los primeros compases de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven y después la música dio paso a una voz que decía: «En un principio la Patrulla estaba formada por oficiales enviados por cada una de las naciones de la Federación Occidental. Algunos eran dignos de confianza, y otros no. En 1996 llegó un día ignominioso y glorioso en la historia de la Patrulla, un intento de golpe de estado, la llamada «Revolución de los Coroneles». Una conspiración de oficiales de alto rango, actuando desde Base Luna, intentó hacerse con el poder de todo el mundo. La trama habría sido un éxito si el teniente Dahlquist no hubiera desactivado todas las bombas atómicas de Base Luna quitando el material fisionable de cada una y destrozando el mecanismo de explosión. Al hacerlo recibió tanta radiación que murió por las quemaduras. —La voz se detuvo y la siguió un tema de *El ocaso de los dioses*.

Tex dejó escapar un largo suspiro; Matt se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Soltó el aire, y respiró otra vez; eso pareció aliviarle el dolor del pecho.

Oyeron una risita detrás de ellos. Girard Burke estaba apoyado contra el marco del nicho.

—Se toman muchas molestias para vendernos esta historia —comentó—. Más os vale que tengáis cuidado, chicos, o acabaréis comprándola.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Vendernos qué?

Burke señaló la fotografía.

—Eso, y la propaganda que lo acompaña. Si os interesan esas cosas, hay tres más, una en cada punto cardinal de la brújula.

Matt se quedó mirándolo.

—¿Qué pasa contigo, Burke? ¿Es que no quieres estar en la Patrulla?

Burke se rió.

—Claro que sí, pero soy un hombre práctico; no tengo que dejarme embaucar por tanta propaganda emocional. —Señaló la imagen de Ezra Dahlquist—. Él, por ejemplo. No nos cuentan que desobedeció órdenes de su oficial superior ni que, si las cosas hubieran ido de otra manera, lo habrían llamado traidor. Además de eso, no mencionan que fue una cuestión de pura torpeza lo que hizo que se quemara. ¿Esperáis que piense que es un superhombre?

Matt se puso colorado.

—No, no lo esperaré. —Dio un paso adelante—. Pero ya que eres un hombre práctico, ¿te gustaría un buen y práctico puñetazo en las narices?

Burke no era más grande que Matt y sí un poco más bajo, pero se inclinó hacia delante, se balanceó sobre los talones, y dijo suavemente:

—Me encantaría. ¿Tú y quién más?

Tex dio un paso al frente.

—Yo soy ese «quién más»

—¡No te metas en esto, Tex! —dijo Matt bruscamente.

—¡No lo haré! No me interesa malgastar mi habilidad luchando con alguien inferior a mí.

—¡Te digo que no te metas en esto!

—No, quiero un poco. Tú le das un porrazo y yo le doy una patada en el estómago mientras cae.

Burke miró a Jarman y se relajó, como si supiera que el momento de la pelea había pasado.

—¡Bueno, bueno, caballeros! ¡Están ustedes peleándose!

—Se dio la vuelta—. Buenas noches, Dodson. No me despiertes cuando vuelvas.

Tex seguía echando humo.

—Tendríamos que haberle dado una buena. Te hará la vida imposible hasta que le des una paliza. Mi tío Bodie dice que

la forma de tratar con esa clase de chusma es darle una buena somanta de palos hasta que se disculpe.

—¿Y que nos echen de la Patrulla antes de que estemos dentro? Prefiero dejar que me cabree y que así se quede tranquilo. Venga, vamos a ver qué más hay.

Pero el toque de queda sonó antes de que recorrieran el resto de los cuatro nichos. Matt le dio las buenas noches a Tex en su puerta y entró en la habitación. Burke estaba dormido o haciéndoselo, Matt se quitó la ropa, se subió a la litera, buscó el interruptor de la luz, lo ubicó y le ordenó que se apagara.

La hostil presencia que tenía debajo lo ponía nervioso, pero estaba casi dormido cuando recordó que no le había devuelto la llamada a su padre. Eso lo despertó. Al momento sintió un sutil dolor en alguna parte, por dentro. ¿Estaba poniéndose malo?

¿Podría ser que tuviera nostalgia? ¿A su edad? Cuanto más pensaba en ello, más se lo parecía, por mucho que odiara admitirlo. Seguía dándole vueltas al tema cuando se quedó dormido.